

# TRASQUILA

## EL JUEGO DE LAS SILLAS

**Héctor Castillo Juárez**

La decisión del presidente de dejar en cada secretario de estado el control total de los asuntos correspondientes a su sector, les llevó a éstos actuar con una autonomía desmedida que provocó, desde un principio, la descoordinación intersecretarial, y más adelante, algunos enfrentamientos. Para el cuestionable esquema empresa-gobierno que impulsó el nuevo gobierno federal desde el uno de diciembre del 2000, la idea de las coordinaciones no era en realidad mala. Desafortunadamente las supuestas coordinaciones fueron desapareciendo ya que era imposible -en ese diseño- que los secretarios de estado se subordinaran a los designios de algún coordinador. Máxime cuando no existía siquiera un marco legal que normara el desempeño de las citadas coordinaciones. Por ello José Sarukhán, uno de los pocos hombres bien preparados del gabinete original, se vio obligado a renunciar. Por ello también Rodolfo Elizondo, uno de los políticos más hábiles del gabinete tuvo que olvidarse de la participación ciudadana y Adolfo Aguilar Zínzer, uno de los políticos de la izquierda promotores del voto útil fue enviado de vacaciones permanentes a la ONU, al intentar disputarle los servicios de inteligencia y seguridad nacional nada menos que al secretario de gobernación.

Las zancadillas y patadas por debajo de la mesa que en el pasado se repartían más o menos sutilmente los secretarios de estado en la lucha por ocupar la silla presidencial, se agudizaba normalmente hacia el último tercio del sexenio, cuando el presidente perdía poco a poco el control sobre ellos y cuando también las cargadas actuaban a favor de los sucesores considerados más viables. En suma, ocurrían cuando la fuerza del presidente se encontraba debilitada.

El mensaje del presidente aquella noche del 10 de abril del 2002 en el sentido de que necesita conseguirse un congreso a modo para poder impulsar el cambio que prometió es, en los hechos, un reconocimiento de su incapacidad política para avanzar en las condiciones actuales. Reconocimiento que desafortunadamente exagera la actitud opositora a ultranza de los grupos más duros del PRI y del PRD, que festejan y fomentan de manera irresponsable la parálisis del nuevo gobierno con globos y serpentinas.

Por otro lado, la iniciativa de ley que presentara en el congreso el PAN, con el objeto de contar con el marco legal apropiado para que en el caso que resulte necesario, se pueda tener un presidente interino, parece también haber tenido, sí no otro mensaje, sí otras lecturas. Algunos han comenzado a sugerir que el actual gobierno podría no ser capaz de concluir los seis años a los que por ley y por mandato popular fue elegido. Se ha sugerido igualmente ya la necesidad de pensar en reducir la duración del período presidencial de seis a cuatro años, lo

que quizás con una sola posibilidad de reelección sería saludable y más acorde al cambio democrático que el país vive.

Por todo ello, el enfrentamiento entre el priísta Francisco Gil Díaz y Francisco Barrio, uno de los panistas más fuertes del nuevo gobierno, no puede dejar de verse inscrita en esa lucha por el poder que se agudiza al interior del gabinete. Así las cosas, a las precandidaturas de Santiago Creel y Jorge Castañeda parecen agregarse ya las de Francisco Gil y Francisco Barrio. Como si el presidente les hubiera autorizado a comenzar, a sólo dieciocho meses de gobierno, el juego de las sillas. Un juego por cierto muy peligroso para la estabilidad política del país, cuando se le arranca prematuramente.

Para el Diario La Crónica de Hoy de Junio 4 de 2002.

Comentarios a: [trasquila@hectorcastillo.org](mailto:trasquila@hectorcastillo.org)